ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: <https://dx.doi.org/10.14201/cuadiecici2024256587>

ASEGURAR LA LEALTAD A TRAVÉS DE LAS RELACIONES EPISTOLARES: LA CORRESPONDENCIA DE LA NOBLEZA FLAMENCA AL IX DUQUE DEL INFANTADO (1686-1693)

*Ensuring Loyalty Through Epistolary Relations:
The Correspondence of the Flemish Nobility to the 9th
Duke of Infantado (1686-1693)*

Marc de SCHIETERE DE LOPHEM
Universidad de Alcalá
marc.schietere@edu.uah.es

Fecha de recepción: 08/02/2024
Fecha de aceptación: 05/05/2024

RESUMEN: La correspondencia cruzada entre la nobleza flamenca y el IX duque del Infantado materializa la red clientelar de este aristócrata en los Países Bajos españoles. Analizando las cartas se pueden entrever algunos de los mecanismos utilizados para mantener a la nobleza leal en un momento tan inestable como finales del siglo XVII. El duque del Infantado, *sumiller de corps* de Carlos II y miembro del Consejo de Estado, recibió varias peticiones de nobles que, conjugándolas de forma oportuna con las mercedes correspondientes, podían asegurar la lealtad de un territorio remoto y que sufría guerras con Luis XIV.

Palabras clave: Carlos II; nobleza de los Países Bajos; lealtad; duque del Infantado; correspondencia.

ABSTRACT: The correspondence between the Flemish nobility and the 9th Duke of Infantado materializes this aristocrat's patronage network in the Spanish Low Countries. Analyzing the letters, one can glimpse some of the mechanisms used to maintain the loyalty of the nobility during such an unstable period as the end of the 17th century. The Duke of Infantado, *sumiller de corps* of Carlos II and advisor

to his Council of State, received several requests from nobles. By timely combining the favors associated with these requests, he could ensure the loyalty of a remote territory, which was suffering from wars with Louis XIV.

Key words: Charles II; Spanish Low Countries nobility; loyalty; Duke of Infantado; correspondence.

1. UN MEDIANERO EN LA CORTE DE CARLOS II: GREGORIO MARÍA DE SILVA Y MENDOZA, IX DUQUE DEL INFANTADO Y V DE PASTRANA

Gregorio María de Silva y Mendoza (1649-1693) nació del matrimonio de Rodrigo de Silva, IV duque de Pastrana, y de Catalina de Mendoza. En él se fundieron los mayorazgos de ambas casas nobles (Terrasa Lozano, 2012). El título ducal del Infantado provenía del tío de Gregorio, Rodrigo de Mendoza, quien murió sin descendencia, lo que hizo que recayese inicialmente en Catalina y, más adelante, en su vástago. Se casó con María de Haro y Guzmán, hija de Luis de Haro, VI marqués del Carpio. Sin embargo, los mayorazgos no se unieron y don Gregorio recibió el hábito de Santiago en compensación. Empezó su carrera militar como capitán de la compañía de los hombres de armas de las Guardas de Castilla. A partir de 1674, fue montero mayor y gentilhombre de la Cámara de Carlos II. Un año después murió su padre y le sucedió al frente del ducado de Pastrana, y, en 1686, tras el fallecimiento de su madre, heredó el ducado del Infantado. Así, la unión de los mayorazgos estaba consumada. Luis de Salazar y Castro (1685) escribió una genealogía de la casa Silva y dedicó un capítulo específico al IX duque del Infantado. Según el conocido cronista castellano, el linaje Silva tenía cuatro Grandezas de España, lo que la convertía en la más laureada de todas las familias aristocráticas. Su poder señorial se concentraba, sobre todo, en Castilla y en el reino de Valencia (Carrasco Martínez, 2023: 387). En 1686, con la muerte de Catalina de Mendoza, el todavía V duque de Pastrana obtuvo dos Grandezas adicionales, correspondientes a los títulos de duque del Infantado y duque de Lerma. A partir de este momento, hasta su deceso, en Gregorio María de Silva y Mendoza confluyeron los ducados del Infantado, Lerma, Pastrana, Estremera y Francavilla; los principados de Melito y Éboli; los condados de Saldaña y la Chamusca, y los marquesados de Algecilla, Almenara y Cea (Salazar y Castro, 1685: 6-7).

El duque recibió a lo largo de su vida varias mercedes. En 1666 obtuvo el ya mencionado hábito de la Orden de Santiago. Ocho años más tarde ocupó el cargo de montero mayor y, además, fue nombrado gentilhombre de la Cámara en 1675. Es a partir de 1686, coincidiendo con su nombramiento como sumiller de corps, cuando don Gregorio tuvo una vía de acceso privilegiada a Carlos II (Salazar y Castro, 1685: 618). Finalmente, obtuvo un asiento en el Consejo de Estado en 1691. Con estos dos últimos cargos se convirtió en una persona responsable de hacer prevalecer los intereses de la Monarquía en todos los territorios, aunque,

en su caso, especialmente, en los Países Bajos españoles. Su papel al servicio de Carlos II en relación con la nobleza de dichos territorios fue de medianero cortesano. Esta idea de medianero o *agente* la presentó Marika Keblusek (2006: 10-11), que define la posición de medianero de la siguiente forma: «Para funcionar exitosamente como agente, depende en primer lugar de la capacidad de construir y mantener dos relaciones clave: con el empleador o patrocinador, por un lado, y con la(s) red(es) por otro»¹. En el caso del duque del Infantado, su patrocinador era el rey y su red, la nobleza de los Países Bajos españoles. Keblusek añade:

La capacidad de construir este tipo de capital social puede haber sido afectada por, o de hecho depender de, el trasfondo personal del agente: su educación, su posición social y económica, sus raíces geográficas, sus creencias religiosas e incluso su carácter².

Don Gregorio tenía un perfil que respondía a todos estos criterios y acumulaba, en consecuencia, un capital social considerable. Por haber crecido entre Madrid y Pastrana, se hallaba próximo a la Corte. Madrid era, además, una villa donde varios nobles de los Países Bajos vivieron durante un tiempo, con lo cual pudieron conocerse personalmente. Fue el caso del conde Louis Ernest de Egmont y Philippe-Charles de Arenberg, IX duque de Arschot. También recibió el mismo tipo de educación que aquellos con quienes mantenía relaciones epistolares. Dichos aspectos hacían que fuera un medianero adecuado entre Carlos II y la nobleza de los Países Bajos.

2. EL OBJETIVO DE UNA CORRESPONDENCIA ARISTOCRÁTICA: ENTRE AMISTAD Y BENEFICIO

Séneca teorizó la acción de hacer bien a otra persona, el *beneficium*, un concepto que apareció en su obra *De beneficiis*, que fue la base de la moral en las Edades Media y Moderna (Hespanha, 1993: 160). El filósofo cordobés concluyó que «la acción benéfica no es en ningún caso espontánea y gratuita» (Hespanha, 1993: 160). No hay acciones que se hagan sin pensar en el beneficio propio y que no se estudien con antelación. Para el estoico, existían dos realidades o palabras claves: espontaneidad y gratuidad. La primera se refiere a que se piensa antes de hacer una acción beneficiosa, no ocurre de forma natural. La segunda se refiere a que siempre se busca el beneficio. Este proceso de pensamiento se resume en: «No hay que dar cualquier cosa a cualquiera de cualquier manera y en cualquier

1. Traducción propia. El original: «To function successfully as an agent depend first and foremost on one's ability to build and maintain two key relationships: with one's employer –or patron– on the one hand, and with one's network(s) on the other».

2. Traducción propia. El original: «The capacity to build this sort of social capital may have been affected by, or indeed in turn depended on, the agent's personal background: his education, his social and economic position, his geographical roots, his religious beliefs –perhaps even his character».

momento» (Hespanha, 1993: 160). Esta idea es la clave de la praxis social ejercida por el duque del Infantado en lo relativo a las peticiones hechas por los nobles de los Países Bajos españoles.

Los nobles pidieron cargos militares y otros favores al rey a través de la persona del duque del Infantado. La acción benéfica fue interceder ante el rey en pro de estas élites. Así las cosas, ¿cómo podía el Grande de España utilizar tales peticiones para mantener la lealtad del territorio? La correspondencia sirve para ver dos aspectos distintos. Por un lado, se pueden apreciar las aspiraciones que tenían los nobles; y, por otro, gracias a la gran cantidad de cartas que existen, se observa cómo el duque gestionaba las mercedes, ya que a menudo estos señores tuvieron que repetir varias veces sus peticiones. En adelante se demostrará, a través de los casos de los condes de Egmont, de Hornes y de t'Serclaes de Tilly, del príncipe de Berghes y del duque de Arschot, que demandaban una gran variedad de mercedes y, en consecuencia, existía también una gran variedad de recompensas que el duque del Infantado podía utilizar para mantener su lealtad.

Si bajo el reinado de Carlos V los antiguos linajes flamencos pudieron gozar de una posición en el aparato gubernamental de la Monarquía, durante los reinados siguientes la situación cambió progresivamente. Por ejemplo, los nobles que fueron embajadores de los archiduques en las Cortes europeas fueron individuos formados en las universidades, pues, a menudo, disfrutaban del estatus de noble desde hacía poco (Vermeir, 2009: 320). A raíz del conflicto del siglo XVI, la cantidad de nobles de antiguos linajes con funciones políticas disminuyó hasta que su participación fue casi nula. Sin embargo, hubo un cambio a partir de 1668 cuando el Franco Condado fue gobernado por el VIII duque de Arschot, Charles-Eugène de Arenberg (Reig Ruiz: en prensa). En los años posteriores hubo otros virreinos atribuidos a nobles flamencos. El príncipe de Ligne obtuvo el virreinato de Sicilia entre 1670 y 1674 y fue gobernador de Milán desde 1674 hasta 1678; y, posteriormente, ocupó un asiento en el Consejo de Estado en Madrid. Según Vermeir (2009: 321), una posible explicación para que obtuviese estos cargos fue su amistad con el gobernador general de los Países Bajos españoles entre 1656 y 1659, don Juan José de Austria. El duque de Bournonville fue virrey de Cataluña entre 1678 y 1684 y de Navarra desde 1686 hasta su muerte en 1690. El conde de Egmont fue virrey de Cerdeña de 1680 hasta 1682; el príncipe de Chimay lo fue de Navarra durante menos de un año, pues murió estando en el cargo. Por último, el borgoñón Jean-Charles de Watteville, marqués de Conflans, fue virrey de Navarra entre 1697 y 1698. Pese a ser gobiernos de tiempo reducido y en territorios de una importancia relativa en el seno de la Monarquía, que seis nobles se convirtiesen en virreyes representaba un gran logro tras más de un siglo sin ningún cargo para estos señores (Vermeir, 2009: 334-335; Janssens, 2024: 322-323). A partir de este momento, la nobleza de los Países Bajos españoles se involucró en el aparato de la Monarquía. El duque del Infantado se encargó de seguir las relaciones positivas con los nobles que estaban en el propio territorio. La importancia de la comunicación epistolar

radicaba, sobre todo, en asegurar la lealtad en un contexto de guerra continua con Francia, pues existía miedo de perder el territorio.

3. UNA PROFUNDA AMISTAD: EL X CONDE DE EGMONT Y EL IX DUQUE DEL INFANTADO

Louis Ernest, X conde de Egmont, nació en Bruselas en 1665. Era hijo de Philippe de Egmont y Marie-Ferdinande de Croÿ. Desde pequeño viajó a varias Cortes europeas. Fue en la Corte madrileña donde mejor se le recibió, pues se le concedieron varias mercedes regias (Schmelzer, 2012: 395). Cuando tenía veintidós años contrajo matrimonio con Marie-Thérèse de Arenberg, hermana del IX duque de Arschot, que se había casado en primeras nupcias con el marqués de Grana, gobernador general de los Países Bajos españoles entre 1682 y 1685. El mismo año de su boda, 1687, el rey le hizo Grande de España y caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, dos dignidades que los condes de Egmont habían ostentado desde el siglo XVI³. Su carrera militar fue muy breve. Murió apenas un año después de ser nombrado, tras infructuosas reclamaciones, general de la caballería durante la guerra de los Nueve Años (1693). Hasta el momento de su fallecimiento, Egmont mantuvo una correspondencia muy íntima con Gregorio de Silva y Mendoza. Se conservan veinticinco cartas en el Archivo Histórico de la Nobleza del periodo 1691-1693. La mayoría de las misivas tienen un carácter político. Sin embargo, casi siempre tratan también asuntos personales, a menudo relacionados con la salud.

La casa de Egmont era una casa nobiliaria antigua y conocida en los Países Bajos. La historiografía positivista belga dedicó muchos estudios al conde Lamoral de Egmont, ejecutado en Bruselas, junto con el conde de Hornes, por el duque de Alba. Recibieron esa atención por parte de los historiadores porque se los representó como ejemplos y padres de la nación al haberse sublevado contra la Monarquía de España. Aunque esta historiografía positivista no yerra en cuanto a los hechos históricos, los acontecimientos no fueron tan importantes como para dedicarles una relevancia decisiva dentro de la historiografía nacional. La casa de Egmont quedó mancillada a ojos de Madrid y, en 1632, el conde Louis de Egmont –abuelo de Louis Ernest– participó en la conjura nobiliaria contra Felipe IV (de Schieter, 2023). Solo el tiempo y los esfuerzos personales de los descendientes pudieron borrar los hechos que dañaron la reputación de su Casa. Los condes Philippe y Louis Ernest cambiaron las relaciones entre Madrid y su linaje de una manera decisiva.

La primera carta dirigida al duque del Infantado está datada el 16 de febrero de 1691. Louis Ernest dio noticia de su llegada al puerto de Bilbao, pues se dirigía

3. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a favor de Louis Ernest, conde de Egmont. Madrid, 9 de octubre de 1687. AHN, Estado 7684, exp. 11.

desde la Corte madrileña hacia los Países Bajos españoles. En esta misiva, como en las siguientes, Egmont tuteó al duque. De todas las tratadas en este estudio, el aspecto del registro informal solo se encuentra en las de Louis Ernest y las del IX duque de Arschot. Este acercamiento lingüístico indica una gran confianza entre ambos señores, lo que se confirma, además, con el contenido de las cartas.

A través de la correspondencia, el conde de Egmont se sirvió de su amigo, el duque del Infantado, para conseguir un cargo en el ejército. Así lo pedirá en una misiva del 30 de enero de 1692:

Aunque en este correo había esperado experimentar los buenos oficios con los cuales estás acostumbrado de favorecerme, pues no se dudaba hubiese Su Majestad tomado la resolución sobre la mudanza de algunos puestos de este ejército. No dudo me los continuarás para que yo salga cuanto antes del paso en que me hallo, pues sin hacienda, sin sueldo y sin ningún género de conveniencia queda ocioso el celo de servir a su amo⁴.

El conde se encontraba en una situación similar a la de muchos nobles a finales del siglo XVII: sus bienes se habían perdido debido a la guerra con Francia. Ya en 1673, en el contexto de la guerra de Holanda, las posesiones del príncipe de Chimay y del conde Philippe de Egmont, padre del remitente de esta carta, habían sido amenazadas. Irónicamente, a causa de esta situación, Louis Ernest pudo residir bastante tiempo en la Corte siendo joven. El rey dio como compensación por los bienes perdidos al conde Philippe, su padre, el privilegio de poder mandar a su primogénito a la Corte⁵.

Todas las posesiones en el Heno y el Flandes francés de los grandes linajes que tenían parientes que estaban al servicio de la Monarquía de España también fueron amenazadas de incautación por Luis XIV (Glesener, 2018: 29). Por tanto, no es extraño que Egmont pidiese ayuda a su amigo en Madrid. Los gobernadores generales de Flandes y el propio Carlos II se veían obligados a intervenir en este tipo de situaciones porque era importante mantener a los nobles en su posición social. Las élites locales evocaban en la población la presencia de la Monarquía, así que era esencial que el lejano soberano ayudase a solventar la situación y evitase el descontento de los hombres de alcurnia, también para evitar sustos como el de 1632⁶. Janssens (2024: 319) menciona que «un consejero madrileño subrayaba cómo “de tales personas deben ser los príncipes soberanos sus tutores, pues son las más principales que mantienen la corona”». Los coetáneos entendían la significatividad de mantener a los nobles que habían contraído deudas para asegurarse el mantenimiento del poder de Madrid. No era, entonces, una mera

4. El castellano está actualizado. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 30 de enero de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 5.

5. Archives de la Ville de Besançon, Ms. 1123-1124. Registro de cartas escritas por Claude-François Pelletier al conde de Egmont entre 1672 y 1675.

6. Sobre la conjura nobiliaria véanse Juste (1851) y Henrard (1876).

cuestión de empatía hacia un grupo social privilegiado, sino una lógica de beneficio mutuo. En esta misma línea, también se utilizaba la amistad para obtener cargos, como fue el caso del príncipe de Ligne y Juan José de Austria, quien obtuvo para el aristócrata un puesto en el Consejo de Estado (Maura, 1990: 229; Castilla Soto, 1992: 103-154).

Para Aristóteles, «la amistad origina y sustenta los vínculos políticos más permanentes, al tiempo que es germen de deberes muy estrictos y perdurables» (Hespanha, 1993: 157). También diferencia «la amistad fundada sobre la virtud de aquella otra que busca el provecho o el placer». La amistad es, por tanto, un instrumento para mantener vínculos políticos y puede ser virtuosa o provechosa. Según este filósofo, la amistad debe implicar igualdad, pero cabe también entre personas desiguales. Estas relaciones divergentes se encuentran en las dinámicas de patronazgo y clientela y, en este caso, retrata a la perfección la relación que mantuvieron el duque del Infantado y el conde de Egmont. Al generar beneficio, ambos esperaban una reciprocidad de la otra persona para que se retroalimentasen los lazos. Don Gregorio se situaba por encima de don Louis Ernest en el escalafón social, tanto por su título nobiliario como por sus cargos de sumiller de corps y consejero de Estado. ¿Cuál era la reciprocidad y la relación de amistad que mantenían los dos nobles? Por un lado, el conde se ponía al servicio de la Monarquía y dedicaba su vida a ella. Haciendo esto, aseguraba al duque, e indirectamente al rey, que el poder regio se mantenía en el territorio, pese a la lejanía. Esta parte del contrato es todo lo que Egmont podía ofrecer al duque, si bien también era su obligación como súbdito del monarca⁷. Por otro lado, el duque podía intervenir para conseguirle mercedes y cargos que le dieran prestigio y acreditaran el rango nobiliario del conde. Estas concesiones eran para la Monarquía la forma de reforzar los lazos de lealtad.

Como informador avisado, el conde de Egmont trató a lo largo de sus cartas la llegada del elector Maximiliano Emmanuel de Baviera, a quien Carlos II había elegido nuevo gobernador de los Países Bajos españoles tras el fracaso del marqués de Castañaga en la defensa de Mons contra los franceses. Los gobernadores generales eran similares a los virreyes de otros territorios de la Monarquía (Pérez-Bustamante, 2006: 472). La llegada del gobernador fue un asunto que Egmont esperaba con impaciencia. Carlos II se había decantado por el elector para satisfacer la solicitud de los juristas, como el II conde de Bergeyck, que pedían mayores esfuerzos para centralizar el poder en Bruselas (Glesener, 2018: 37). La primera vez que Egmont lo mencionó fue en una carta del 2 de enero de 1692 en la que también decía: «Creo que con esta resolución tomara Su Majestad la de declarar el generalato de la caballería, y espero lograr el fruto de los buenos oficios que

7. Sobre las relaciones entre monarca y súbdito y cómo el súbdito debe servir al monarca véase Esteban Estríngana (2012: 11-50).

deus a tu fineza»⁸. El conde pedía otra vez el puesto de general de la caballería española de Flandes y, en la carta siguiente, volvió a pedir al duque del Infantado que le patrocinase para obtener el cargo al que aspiraba⁹.

En otra misiva reiteró la venida del elector de Baviera, que dilataba su llegada a Bruselas al esperar su nómina en Venecia. Después de haber sido elegido, viajó a Viena y Múnich para arreglar la regencia durante su estancia en los Países Bajos (Van Kalken, 1907: 34). La siguiente ocasión en la que habló del elector es en una carta del 27 de marzo de 1692, en la que dijo: «No hay más novedad que avisarte de haber ayer llegado a esta Corte el señor elector de Baviera; podemos esperar que con las tropas que vienen de Inglaterra prevengamos a embarazar los designios de los franceses»¹⁰. Tras la llegada del elector, continuaron los problemas en los Países Bajos españoles, pues el conde recordó al duque que las tropas de Luis XIV estaban en Mons preparándose para la guerra. Sin embargo, los ingleses también estaban en armas, pues el día:

19 llegó a esta villa el rey británico a avocarse con el señor elector y conferir lo que conviene en las ocurrencias presentes; tiene su cuartel junto a Bruselas, donde se van juntando las tropas para las operaciones de la campaña. Y se está observando qué movimientos hará el francés para según ellos obrar nosotros lo que parece más provechoso¹¹.

Maximiliano de Baviera apenas se había instalado en los Países Bajos cuando tuvo que encargarse de batallar contra los franceses. El nuevo gobernador general asumió con todas las consecuencias su rol e invirtió recursos y tropas bávaras para defender los intereses de Carlos II en la guerra de los Nueve Años (Glesener, 2018: 37).

Esta situación era, además, muy conveniente para el conde de Egmont porque aún no había llegado la resolución sobre el generalato de la caballería. El conde mencionó primero la batalla que estaban preparando para, después, recordar al duque del Infantado que en la Corte de Madrid se tenía que tomar una decisión respecto a este asunto, para el que Egmont estaba dispuesto a servir. A partir de entonces, el conde ya no solo intentó obtener el puesto a través de su relación con el sumiller de corps, sino también por medio del elector de Baviera. Así, en la misma carta del 27 de marzo, escribió: «Yo he presentado al señor elector mis razones y los motivos que justifican mi pretensión para que las pase a consideración de Su

8. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 19 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 3.

9. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 2 de enero de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 4.

10. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 27 de marzo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 10.

11. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 21 de mayo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 11.

Majestad y espero que el rey las atenderá con aquella benignidad que le he dicho siempre». El conde de Egmont parecía pensar que su corresponsal en Madrid ya no podía mediar lo suficiente como para acceder al cargo y, en consecuencia, necesitaba otras formas con mayores posibilidades de obtener la dignidad militar. Sin embargo, todos sus miedos eran infundados, pues se le entregó el generalato dos meses después¹².

El largo proceso por el que el conde de Egmont intentó a través de sus relaciones personales obtener el cargo de general de la caballería de Flandes dio paso a un servicio breve, pero activo. El conflicto bélico con los franceses, la guerra de los Nueve Años, fue un enfrentamiento europeo entre el rey francés, los jacobitas escoceses e irlandeses y, de forma indirecta, los turcos otomanos contra Guillermo III de Orange, rey de Inglaterra y estatúder de las Provincias Unidas; Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y Carlos II de Austria. El Rey Sol, con la Política de Reuniones, intentó conseguir un poder hegemónico sobre sus territorios fronterizos y provocó en el otro bando la formación de la Liga de Augsburgo, que pretendía limitar los esfuerzos franceses y devolver Europa a la situación de la paz de Westfalia.

Las causas del inicio de la guerra fueron la toma del castillo de Luxemburgo en 1684, que continuaba la anexión francesa de Estrasburgo (1681) y preludiaba la de Philippsburg (1688) (Goubert, 1984: 180). Luis XIV pensaba intimidar a los príncipes germánicos para imponer a su candidato, Maximiliano Enrique de Baviera, como elector de Colonia. Sin embargo, la situación cambió cuando el príncipe Guillermo fue coronado rey de Inglaterra en 1688 y decidió luchar junto con la Monarquía de España y el Sacro Imperio contra Francia (Van Os, 2003: 101). En el marco de esta guerra ocurrieron las conquistas francesas de Mons en 1691 y de Namur en 1692, así como el bombardeo de Bruselas tres años más tarde.

Las campañas en las que estuvo involucrado el conde de Egmont fueron constantes. Si bien los combates navales los ganaron Inglaterra y Holanda, los que tuvieron lugar en el condado de Namur no eran muy concluyentes. El conde avisó a Madrid:

Nosotros estamos aquí en este paradero teniendo los enemigos en frente y, aunque sean más fuertes que nosotros, me parece que con ochenta mil hombres que tenemos con el excelentísimo rey de Inglaterra se hubiera podido intentar algo, lo que no se ha hecho hasta ahora. La villa de Namur se rindió a 5 del corriente [junio] retirándose toda la guarnición al castillo y fuerte nuevo que se ha hecho de un año a esta parte. Y desde el 7 atacaron los enemigos el castillo, lo que están continuando con grandísima furia, pero hasta ahora se defiende con igual fuerza¹³.

12. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Campo de Deinze, 10 de septiembre de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 15.

13. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Campo de Grand-Rosière, 18 de junio de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 12.

Otro informante coetáneo, Michael Catmayer, también mencionó la toma de Namur en una carta del 12 de agosto de 1692, utilizando interesantes metáforas en un castellano imperfecto: «10 000 hombres españoles y valones los franceses no haber cogido Namur: cuando yo pienso cómo los pobres españoles han defendido esta plaza como leones»¹⁴. Se trataba de una mención atípica debido a su comparación entre españoles y leones, haciendo referencia, probablemente y no de manera consciente, al león de los pendones de Castilla.

La relación de amistad Egmont-Infantado era verdadera. Además del generalato, don Louis Ernest pidió a don Gregorio que mediase para que el capitán de la infantería española Matías Pérez de Cortes obtuviese la sargentía mayor de la isla de Tenerife. Sus argumentos se basaban en que el capitán había servido durante treinta y ocho años en los Países Bajos y, debido a unas heridas, no podía seguir en las tierras del Norte. Curiosamente, esta carta es la única ocasión en la que el conde intercede para alguien y esa persona era un español de nacimiento. Esto supone un cambio, ya que se muestra cómo sujetos foráneos requerían a la propia nobleza local para que mediase en su favor en la Corte madrileña.

Otro signo de amistad entre ambos señores es la preocupación constante por la salud del duque. El conde, siguiendo los parámetros de la cortesía barroca, siempre encabezaba las cartas agradeciendo a su interlocutor que le hubiese dado noticias sobre su salud. De no ser el caso, le preguntaba cómo se encontraba. Prosiguiendo las formalidades aristocráticas, el conde insistía en que le diera órdenes ducales que cumplir. Era un claro juego de servicio amistoso. Ejemplo de ello es una carta que trata únicamente sobre cuestiones de salud. El 19 de noviembre de 1692, don Louis Ernest escribió a don Gregorio: «Yo pasé unos días a esta villa a la precisa asistencia de algunos negocios domésticos, y me ha sobrevenido una fluxión a los ojos que me incomoda y ha embarrado la vuelta a mi casa»¹⁵.

A través de la correspondencia, se puede ver hasta qué punto la nobleza de los Países Bajos españoles estaba preocupada por el mantenimiento de la soberanía y la presencia de las fuerzas del rey de España en la región porque era la única manera de asegurarse su propio patrimonio. Ya en el pasado los nobles se habían planteado que tal vez era mejor rendirse al enemigo antes de que fuese demasiado tarde (Esteban Estríngana, 2018: 369). Entregar el territorio a los franceses podía ser otra manera de conservar sus bienes y su posición. Ante esa lógica, el papel del duque del Infantado era crucial para evitar males mayores. El abuelo del conde de Egmont había participado en la conjura de 1632 con la intención de rendir el territorio a Luis XIII. Además, el bisabuelo había sido decapitado por el duque de Alba en 1568. Así las cosas, con la intención de mantener la lealtad del conde

14. Carta de Miguel de Catmayer al IX duque del Infantado. Bruselas, 27 de agosto de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 117, D. 5.

15. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Amberes, 19 de noviembre de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 21.

de Egmont, cuyo apellido estaba doblemente mancillado, don Gregorio acabó interviniendo a su favor, pues, a veces, la amistad no era suficiente para asegurar una lealtad ininterrumpida.

4. LAS CARTAS DEL INTERÉS: LA CIRCULACIÓN DE FAVORES ENTRE LA NOBLEZA TITULADA DE LOS PAÍSES BAJOS Y EL DUQUE DEL INFANTADO

4.1. El príncipe de Berghes y el Toisón de Oro

Carlos II concedió a Philippe-François de Glymes el título de príncipe de Berghes en 1686. Era el quinto hijo del conde de Grimbergen y de Florence-Marguerite de Renesse, familias que formaban parte de la vieja nobleza de sangre (Ryckman de Betz, 1957: 206-207 y 390-391). El príncipe nació el 7 de septiembre 1646. Con treinta años ya había ocupado varios cargos dentro del ámbito militar. Había sido consejero de guerra, capitán, maestro de campo de un tercio valón y general de batalla (Le Roy, 1868: 240). Con esta experiencia, el príncipe tuvo un papel importante en la defensa de Mons en 1691. La caída de la plaza de Henao fue inesperada para los aliados, preparados para que los franceses atacaran Ostende o Charleroi. Mons era una pequeña ciudad de cinco mil habitantes y tenía, aproximadamente, el mismo número de soldados en sus cuarteles de invierno. El asedio comenzó el 15 de marzo y la ciudad tuvo que rendirse después de veintidós días (Dumoulin, 1998: 613). Luis XIV quería asegurarse la victoria en la batalla y encargó a sus ministros y cabos Vauban y Louvois la preparación del sitio. El plan estratégico consistía en juntar todas las fuerzas francesas antes de que empezara la época propicia para hacer la guerra y, así, una vez que la ciudad fuese tomada, podría redistribuir las tropas en Flandes y Renania para mantener los otros territorios que ya habían conquistado (Lynn, 1999: 216-218). Berghes estaba, por su parte, en Mons, en calidad de gobernador de la provincia Henao. Cuando la batalla ya se había resuelto a favor de Francia, el príncipe no dudó en justificar su labor y pidió un collar del Toisón de Oro al rey. Lo hizo, por supuesto, a través de un medianero de la talla del duque del Infantado: «Hace muchos años que Su Majestad se ha dignado de hacerme esperar la honra del collar del Toisón de Oro, [...] después de cerca 30 años que tengo la dicha de servir en sus ejércitos»¹⁶.

El príncipe tenía un objetivo claro: obtener tan insigne distinción a toda costa. Por si no era suficiente para convencer al duque y al rey lo que ya había mencionado en su carta, adjuntó una razón más por la cual se le debía conceder esta merced:

16. Carta del príncipe de Berghes al IX duque del Infantado. Bruselas, 5 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 5.

Las considerables pérdidas que he hecho, y estoy haciendo, de mi hacienda y la destrucción de mis casas y bosques, que dejan arruinada a mi familia hasta la cuarta generación, sufriendolo todo como un vasallo que no tiene otra mira que la gloria de su rey¹⁷.

Berghes no obtuvo su ansiado reconocimiento en esta primera ocasión, pues en mayo del año siguiente volvió a reclamarla, diciendo que sabía que el rey tenía la intención de crear nuevos caballeros del Toisón de Oro y que esperaba que el duque del Infantado lo tuviese en cuenta cuando el monarca eligiese a los agraciados¹⁸. Varias cartas volvieron a cruzarse sobre el mismo asunto hasta que el 17 de marzo de 1694 Carlos II le premió con la insignia «en atención a su calidad, méritos y servicios de su casa»¹⁹. Era una argucia utilizada por el duque del Infantado para que el príncipe se mantuviese contento y leal. Esta forma de proceder podría estar definida en una virtud: la liberalidad. Aristóteles habló sobre este gesto:

Tiene que ver con la disponibilidad para dar y puede ser definida como esa capacidad para saber evaluar las cosas según su valor esencial, para no apartarse de un justo medio cuando se hace uso de los bienes, [...] para experimentar en dosis adecuadas tanto el goce de la adquisición como el pesar en el gasto. (Hespanha, 1993: 162)

Es, por tanto, la balanza con la que Carlos II, por medio de su sumiller de corps, pesaba si los servicios hechos por el príncipe de Berghes valían un collar o, por contra, todavía no eran suficientes. En todo caso, se trataba de buscar un equilibrio casi matemático, pues el donante «debe saber a quién dar, así como la cantidad conveniente y el momento justo» (Hespanha, 1993: 162) para generar un sentimiento de gratitud en el que recibe. El concesor tiene la noción de haber gratificado a un hombre generoso por sus servicios, de manera que ambas partes retroalimentan nuevamente la virtud de la liberalidad en un círculo sin fin (Hespanha, 1993: 162).

4.2. El conde de Hornes

Otro de los descendientes de una de las familias más antiguas de la nobleza de los Países Bajos, el conde de Hornes, de nombre Philippe-Emmanuel, también se comunicó por carta con el duque del Infantado entre 1691 y 1692. Philippe-Emmanuel era el segundo príncipe de Hornes. Se había casado con Marie-Antoinette de Ligne, hija de Henri y de la española Juana Mónica de Aragón y Benavides. El

17. *Ibidem*.

18. Carta del príncipe de Berghes al IX duque del Infantado. Bruselas, 21 de mayo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 8.

19. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Philippe-François, príncipe de Berghes. Madrid, 15 de marzo de 1694. AHN, Estado 7682, exp. 18.

conde decía hallarse en una situación difícil porque había perdido todo debido a la presencia de los franceses²⁰. Al parecer, el aristócrata ya había mencionado varias veces a Carlos II que se hallaba en esta situación, pues aludía a «las diversas y humildes representaciones que hice al rey sobre el oprimido estado en que me hallo». Acabó acudiendo al duque del Infantado.

Hornes informó a su corresponsal de cómo se había enterado de la situación bélica en la que se hallaba Mons cuando estaba de camino a los Países Bajos tras pasar un periodo en España. Dijo que intentó «por todos los medios imaginables entrar dentro de la plaza, pero después de varios y peregrinos accidentes me vi precisado volver»²¹. Esta frase es clave para justificar lo que pidió a continuación: el cargo de maestro de campo, para lo cual también solicitó ayuda al marqués de Gastañaga, gobernador general de los Países Bajos españoles entre 1685 y 1692.

Al día siguiente, mandó una carta para felicitar las Pascuas con la intención de reforzar lo que había pedido la jornada anterior. En ella escribió: «Con la justa confianza de que admitiendo Vuestra Excelencia como mitantemente (¿humildemente?) se lo suplico, este tributo de mi devolida (¿devota?) obediencia no me negara ocasiones muy frecuentes de su servicio en que poder emplearla»²².

Después de tres meses, el 13 de marzo de 1692, el conde mandó otra misiva, la última. En este caso, Hornes ya no solicitaba la dignidad anterior, sino la de teniente general de caballería de Flandes. Este cargo lo ocupaba hasta aquel momento el marqués de Grigny, Jean-Baptiste de Bassecourt, pero había obtenido una promoción y el puesto iba a quedar vacante. Hornes vio entonces la oportunidad de tener un cargo de responsabilidad mayor. «Como Vuestra Excelencia sabe, he representado a Su Majestad en otras ocasiones sin haber conseguido el mínimo consuelo»²³. La mediación del duque del Infantado era fundamental: «Espero que, considerada mi razón, Vuestra Excelencia me favorezca con su voto para el feliz éxito de mi pretensión»²⁴. La relevancia de Infantado como agente informal de los señores flamencos era, en este punto, tan elevado que el mismo día un pariente de Hornes, el conde de Merode, sargento general de batalla en Namur, le llegó a escribir pidiéndole el cargo de maestro de campo general de Cataluña²⁵. Desafortunadamente para el conde de Hornes, el de Egmont había pedido el mismo cargo y, como se ha visto, lo obtuvo en septiembre de 1692.

20. Carta del conde de Hornes al IX duque del Infantado. Bruselas, 5 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 27.

21. *Ibidem*.

22. Carta del conde de Hornes al IX duque del Infantado. Bruselas, 6 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 28.

23. Carta del conde de Hornes al IX duque del Infantado. Bruselas, 13 de marzo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 29.

24. *Ibidem*.

25. Carta del conde de Merode al IX duque del Infantado. Namur, 13 de mayo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 117, D. 19.

Estos ejemplos de cartas son paradigmáticos en la solicitud de cargos, beneficios y dignidades por medio de un Grande de España bien situado en la Corte madrileña. Mientras que Hornes pedía la ayuda del duque por necesidad, Merode veía en el sumiller de corps una vía para ascender a un cargo con más prestigio. Tenía dos razones para ello: «Mis servicios, que pasan de veinticinco años, y el deseo que me asiste de adelantar el mérito en el Real Servicio»²⁶. No es extraño que los nobles de los Países Bajos mandasen sus peticiones al duque, pues era solo el rey quien tenía la potestad de elegir a los hombres de armas de mayor graduación, mientras que el gobernador general de los Países Bajos podía nombrar exclusivamente los grados inferiores al de coronel o maestro de campo (Van Kalken, 1908: 64).

4.3. El conde de t'Serclaes y de Tilly

Albert-Octave, conde de t'Serclaes y de Tilly, y príncipe de ambos nombres desde 1693²⁷, fue uno de los mayores exponentes de la milicia nobiliaria de los Países Bajos españoles. Nació en Bruselas en 1646 y murió en Barcelona en 1715. Empezó su carrera militar en una compañía del regimiento de infantería alemana. A partir del 1670 comenzó a subir los escalones militares para, cinco años más tarde, convertirse en maestro de campo de un tercio valón (Jordens, 1932: 728). Durante la guerra de los Nueve Años, Tilly quedó acantonado en el entorno de Lieja al mando de las tropas del elector (Maffi, 2020: 292). Tenía bajo su mando, según Van Kalken (1908: 53), 27.000 hombres.

Se conservan en el Archivo Histórico de la Nobleza nueve cartas del conde, todas ellas escritas en menos de seis meses, entre el 7 de noviembre de 1692 y el 9 de abril de 1693. En la correspondencia de Tilly con el duque del Infantado no se encuentra ninguna carta de tipología *cortesana*. Todas las misivas giran en torno al conflicto bélico. En su caso, parece ser que ambos señores no se conocían y el conde no había viajado a España. Dado que Tilly no tenía relación de amistad con don Gregorio, no tuvo la necesidad de mandar cartas de confianza.

Tilly también pidió la mediación del aristócrata castellano: «Será preciso que el puesto de maestro de campo general se provea en sujeto benemérito, y aunque yo no me juzgo por tal, entiendo merecerlo mediante el auxilio y amparo de Vuestra Excelencia»²⁸. Ante la promoción del poseedor de esta dignidad, el marqués de Bedmar, que regresaba a España, Tilly, que juzgaba que lo merecía, quiso sustituirlo. Necesitaba la ayuda del duque para obtener el cargo y, por ello, utilizó las palabras «auxilio» y «amparo». En la carta siguiente no mencionó de manera explícita su

26. *Ibidem*.

27. Sin embargo, para limitar las confusiones, se utilizará el título de conde a lo largo del ensayo.

28. Carta del conde de t'Serclaes de Tilly al IX duque del Infantado. Lieja, 28 de enero de 1693. AHNOB, Osuna, CT. 94, D. 8.

voluntad. Siempre empezaba las misivas recordando a Infantado lo que le había escrito con anterioridad. Sin embargo, en esta surgió el tema mediante una especie de eufemismo: «El correo pasado escribí a Vuestra Excelencia manifestándole mi inalterable rendimiento», es decir, aludía a su deseo de promoción²⁹.

No volvió a pedir el cargo en ninguna otra carta. Fue mucho más tarde, tras el tratado de Rijswijk, cuando Carlos II nombró a t'Serclaes maestro de campo general de los Países Bajos, el 18 de julio de 1698. Poco después empezó a estudiar las reformas del Ejército que estaban por hacerse en los Países Bajos españoles (Jordens, 1932: 741). Cuando el rey murió y el duque de Anjou, Felipe V, heredó la Corona, t'Serclaes ya tenía una posición clave en el gobierno del territorio y llevó a cabo la deseada reorganización junto con el conde de Bergeyck, tesorero general de Finanzas, y el napolitano duque de Bisaccia, general de la artillería (Jordens, 1932: 744). En 1702, el conde recibió el collar del Toisón de Oro de manos del príncipe de Berghes³⁰.

4.4. Los pretendientes al gobierno del Henao

Ferdinand François de Croÿ, III duque de Havré y de Croÿ, siguió, como la mayoría de su familia, una carrera militar. En 1670 recibió el collar del Toisón de Oro y en 1686 se le otorgó la Grandeza de España³¹. Existen dos cartas conservadas del duque en las cuales pedía ayuda a su corresponsal madrileño, el duque del Infantado, para conseguir el puesto de gobernador de Henao³². Esta provincia ocupaba una posición importante al compartir fronteras con Francia. El puesto había quedado vacante porque su titular, Philippe-François de Melun, marqués de Richebourg, había muerto (Pouillet, 1873: 165). El duque de Havré vio la oportunidad de obtener el cargo, si bien lo ambicionaban otros señores. Ya antes de que muriese el marqués-gobernador, el duque de Arschot había mandado una carta a don Gregorio en la que decía:

Pues entiendo que el gobernador de la provincia de Henao está muy malo y que no da ninguna esperanza de convalecencia. Si viniese a faltar, no dudo tendrá Su Majestad atención a la pretensión en que ya se entrado de este gobierno; y me prometo que, sirviéndose Vuestra Excelencia favorecer la, tendré el logro que me aseguro en cosa tan justa³³.

29. Carta del conde de t'Serclaes de Tilly al IX duque del Infantado. Lieja, 11 de febrero de 1693. AHNOB, Osuna, CT. 94, D. 9.

30. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Albert, príncipe t'Serclaes de Tilly. Nápoles, 3 de mayo de 1702. AHN, Estado 7689, exp. 26.

31. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Ferdinand, duque de Croÿ y de Havré. Madrid, 29 de agosto de 1670. AHN, Estado 7685, exp. 46.

32. Carta del duque de Havré y de Croÿ al IX duque del Infantado. Bruselas, 15 de febrero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 114, D. 23.

33. Carta del duque de Arschot al IX duque del Infantado. Malinas, 18 de enero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2³.

Al mismo tiempo que Havré y Arschoot remitieron sus misivas al sumiller de corps, hubo otra persona que envió una petición idéntica. Se trataba de Gaspar del Vaus, uno de los principales oficiales de pluma españoles del ejército de Flandes. En su carta del 15 de febrero de 1690 solicitó a don Gregorio que se tuviese en cuenta en el Consejo de Estado al vizconde de Maulde³⁴ cuando se discutiese sobre el puesto de gobernador de Henao. Maulde había desempeñado el cargo de gobernador interino de la provincia entre el 23 de diciembre de 1681 y el 10 de mayo de 1682 (Pouillet, 1873: 165). También proponía que, si no se le podía dar dicho puesto, se le podría promocionar a maestro de campo³⁵, cargo libre desde la muerte el 25 de junio de 1681 de Charles-Eugène de Arenberg, VIII duque de Arschoot y antiguo capitán general de Henao (Gachard, 1866: 411).

El vizconde de Maulde utilizó, por su parte, los servicios de su familia como una razón válida para obtener la gracia de Carlos II. El sentimiento de participación y servicio de un linaje era clave en las solicitudes nobiliarias en la Corte de Madrid. Esto se observa, también, en el memorial que mandó el duque de Arschoot en su segunda carta. Dos de tres páginas están dedicadas a lo que hicieron sus padres, sus tíos y también su suegro, el marqués de Grana, quien fue gobernador general de los Países Bajos entre 1682 y 1685. Ese mismo 15 de febrero de 1690, Arschoot remitió su segunda misiva al duque del Infantado, adjuntando una copia de un memorial para el rey y pidiendo el gobierno de Henao. Esta carta fue la primera en la que el aristócrata castellano añadió una nota personal autógrafa:

Amigo y señor mío, espero que tú me harás el favor de asistirme en mi pretensión allí por la memoria de señor marqués de Grana, por la amistad que te profeso y por el deseo que tengo de tener las ocasiones de servirte; no te escribo más ahora por estar obligado a partir para mi guarnición³⁶.

Esta postdata era una prueba de lealtad, honor y amistad para Arschoot, que no dudó en subrayar este último concepto para ganarse la benevolencia de Infantado.

La segunda misiva del duque de Havré y de Croÿ lleva por fecha el 12 de abril. Según el noble, «la resolución aún no ha llegado del gobierno de Henao [...], aunque me será sensible por mis grandes atrasos, esperaré gustoso, me honre Vuestra Excelencia manteniéndome en su memoria, y a los pies del rey cuando lo permita la ocasión»³⁷.

34. El vizconde de Maulde era Jacques Fariaux. Guillaume (1878: 884-885) menciona que Carlos II le hizo caballero de la Orden del Toisón de Oro. No obstante, no está en ninguna lista de la orden.

35. Carta de Gaspard del Vaus al IX duque del Infantado. Bruselas, 15 de febrero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 98, D. 9. Maulde ya había contactado previamente con el duque del Infantado, en particular con una carta de Pascuas en francés datada el 12 de diciembre de 1685. Carta del vizconde de Maulde al duque de Pastrana. Bruselas, 12 de diciembre de 1685. AHNOB, Osuna, CT. 113, D. 8.

36. Carta del duque de Arschoot al IX duque del Infantado. Bruselas, 15 de febrero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2¹.

37. Carta del duque de Havré y de Croÿ al IX duque del Infantado. Bruselas, 12 de abril de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 114, D. 24.

Según el archivero belga Alexandre Pinchart, durante las dos últimas décadas del 1600 el Gobierno condal no tuvo un nombramiento fijo, sino que hubo designaciones de poca duración (Pinchart, 1858: 147). De hecho, el aristócrata que consiguió el cargo fue el príncipe de Berghes (Pérez-Bustamante, 2006: 475). Por su parte, el vizconde de Maulde obtuvo el cargo de gobernador de Ath. El 12 de abril de 1690 Gaspar del Vaus escribió una carta al duque del Infantado dándole las gracias por haberle concedido tal merced³⁸. Como Ath estaba cerca de la frontera con Francia, era vital tener a personas eficaces gobernando la región. Sin embargo, parece que el vizconde no estaba satisfecho con el cargo porque el 26 de abril de 1690, dos semanas después de que Vaus escribiera la misiva, Maulde se dirigió de nuevo a don Gregorio pidiendo el generalato de la artillería³⁹. Queda claro que el vizconde aspiraba a más que a una vida tranquila en una ciudad de provincia, máxime siendo un militar que había participado en tres grandes batallas y diecinueve asedios de ciudades, como el de Maestricht, en el que Maulde era el general de la guarnición de la ciudad (Guillaume, 1878: 884-885).

4.5. Philippe-Charles de Arenberg, IX duque de Arschot

Las cartas escritas por el duque de Arschot se revisten de gran curiosidad. Este aristócrata formaba parte de un linaje antiguo y de gran relevancia en los Países Bajos españoles, aunque había caído en desgracia en tiempos de Felipe IV. Vermeir (1993) ha estudiado el caso del VI duque de Arschot, bisabuelo del noveno, Philippe-Charles de Arenberg, y vio en él a uno de los últimos nobles con poder dentro de la gobernación del territorio. Según su interpretación (Vermeir, 1993: 477), la conjuración marcó un giro en la historia política de aquellos estados. A principios del reinado de Felipe IV se creía que Madrid estaba conduciendo los Países Bajos hacia la ruina. Debido a estos acontecimientos, algunos nobles se sublevaron contra el rey.

Philippe-Charles de Arenberg, el nieto del duque conjurado⁴⁰, nació en 1663. Ya con quince años, el duque de Villahermosa, gobernador general de los Países Bajos, le confió un regimiento de infantería alemana (Gachard, 1866: 411-412). En 1683, Carlos II le nombró capitán de su Guardia de Archeros y, con veintidós años, fue condecorado caballero del Toisón de Oro⁴¹. Al poco, se casó con la hija

38. Carta de Gaspard del Vaus al IX duque del Infantado. Bruselas, 12 de abril de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 98, D. 13.

39. Carta del vizconde de Maulde al IX duque del Infantado. Ath, 26 de abril de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 113, D. 9.

40. El duque conjurado se casó tres veces. La primera vez con Hippolyte-Anne de Melun, la segunda con Isabelle Claire de Berlaymont y la tercera con Marie Cleopha de Hohenzollern-Sigmaringen. De este tercer matrimonio nació Charles-Eugène, VIII duque de Arschot, y de su matrimonio con Marie Henriette de Cusance nació Philippe-Charles.

41. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Philippe-Charles, duque de Arschot. Madrid, 4 de julio de 1685. AHN, Estado 7681, exp. 23.

del gobernador general de los Países Bajos, Henrietta del Carretto. Para entonces, Arschot era un noble de la alta nobleza y, por lazos familiares, estaba relacionado de una manera extraordinaria con distintos territorios de Europa (Verreyken, 2021: 181). De hecho, conocía la península ibérica por haber estado en Madrid cuando fungió de capitán de los Archeros, lo que le sirvió para seguir avanzando dentro de la promoción social en Bruselas (Gachard, 1866: 410-411).

Se conservan doce cartas del duque de Arschot al del Infantado para el periodo 1685-1691. Al igual que la correspondencia del conde de Egmont, tiene un gran valor para este estudio, dado que el duque parece haber sido amigo íntimo de don Gregorio. Su primera misiva está datada del 25 de julio de 1685 y da cuenta al duque del Infantado de haber llegado a Bruselas. Como el conde de Egmont, el duque de Arschot tuteaba a su corresponsal. Es indicativo de que había una gran confianza entre los dos nobles. Arschot empieza siempre sus cartas con «amigo y señor mío», salvo en la primera, en la que escribió «señor mío»⁴². Ambos duques debieron de conocerse en Madrid mientras Arschot era capitán de la Guardia de Archeros⁴³.

La segunda carta que el duque de Arschot mandó a Infantado es del 3 de octubre de 1685 y, en ella, dice:

Amigo y señor mío, me hallo favorecido con tus dos cartas que me ponen en suma estimación y acontecimientos por los favores que me continúas, pero yo quedo con grandísimo sentimiento de no poder cumplir lo que me mandas tocante la primera plaza de archero por haberla ya dado estando yo aún en esa corte; sin embargo, la siguiente que viniese a vacar la pondré en tus manos para que dispongas de ella como fueses servido⁴⁴.

Por entonces, el duque de Pastrana requería una plaza de la compañía para una potencial hechura suya, algo que su corresponsal no podía satisfacer al haberse provisto cuando Arschot estaba todavía en Madrid. El control temporal de los archeros por el aristócrata amigo le convertía en pieza clave para el establecimiento de clientelas cortesanas, si bien, al poco tiempo, con el futuro nombramiento de don Gregorio como sumiller de corps, la situación mutó sensiblemente.

Las siguientes dos cartas son para felicitar las Pascuas. La primera es del año 1685 y la segunda de tres años más tarde. Hay un vacío notable en la correspondencia de los dos Grandes de España. Con toda probabilidad, se han perdido las misivas, pues parece extraño que siendo íntimos no se escribiesen en tanto tiempo. La segunda carta referida es una nota breve que debió de adjuntarse a otra, pues se dice: «Aquí va la carta para el señor duque que es del conde de Vertin en

42. Carta del duque de Arschot al duque de Pastrana. Bruselas, 25 de julio de 1685. AHNOB, Osuna, CT. 209, D. 148.

43. Gregorio María de Silva y Mendoza heredó del título del ducado del Infantado en 1686, después de que el duque de Arschot estuvo en Madrid.

44. Carta del duque de Arschot al duque de Pastrana. Bruselas, 3 de octubre de 1685. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2¹.

Flandes sobre la pretensión que tiene del collar del Toisón»⁴⁵. No está firmada ni datada, pero seguramente la escribió el duque de Arschot para unir la a la de felicitación de las Pascuas en diciembre de 1688. Esta nota, junto con la intercesión del conde de Egmont a favor de Matías Pérez de Cortes⁴⁶, demuestra también que, al mantener relaciones epistolares con la nobleza de los Países Bajos, no solamente se aseguraba la lealtad de sus corresponsales, sino que también se le abrían las puertas a toda su red clientelar.

Arschot mandó cuatro cartas más al duque del Infantado, además de las misivas remitidas para conseguir el cargo de gobernador de la provincia de Henao. En las últimas, destacó aspectos diversos sobre la guerra de los Nueve Años y sus acciones, y también requirió consejo al aristócrata castellano sobre varios asuntos. Asimismo, en la última el duque escribió a don Gregorio, el 25 de octubre de 1690, que su mujer había dado a luz a un hijo, un asunto muy personal que define otra vez la amistad que hubo entre los dos hombres de poder.

La amistad Arschot-Infantado quizá no era igual de fuerte que la que hubo entre Egmont y Silva y Mendoza, pues estos dos hablaban en cada carta sobre temas de salud, se tutearon desde el inicio y mantuvieron una correspondencia más intrínseca. No obstante, este personaje histórico es crucial para demostrar que los lazos entre los grandes madrileños y los grandes de los Países Bajos eran fuertes. Los antepasados de ambos hombres, Egmont y Arschot, y también Hornes habían sido tratados como traidores de la Monarquía, pero sus familias consiguieron reconstruir las relaciones políticas con esfuerzo a pesar de la mácula que conllevó portar tales títulos de los Países Bajos.

5. LAS CARTAS DE PASCUAS

El duque del Infantado, como el resto de la alta nobleza *española* de su tiempo, recibió muchas cartas de Pascuas, que servían a los nobles de los Países Bajos como medio para recordar en la Corte de Madrid su servicio y lealtad a la Monarquía de España. Estas misivas no son interesantes por su contenido, pues no eran más que un compendio de fórmulas básicas. Un ejemplo de este tipo de cartas lo ofrece la princesa de Chimay:

Excelentísimo señor:

No escusa mi obligación manifestarle [a] Vuestra Excelencia cuán gustoso quedará mi afecto si Vuestra Excelencia logra estas Pascuas de la natividad del Señor, tan cumplidas y felices como lo deseo, con muy buenas entradas de año y la continuación

45. Nota ¿del duque de Arschot? dirigida a Don Judoco para que remita una carta con la pretensión del conde de Vertin al IX duque del Infantado. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2^o.

46. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 11 de marzo de 1693. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 27.

de otras muchas, empleándolas Vuestra Excelencia en mandarme cuanto fuere de su agrado, cuya vida guarde mío señor, como he menester⁴⁷.

La carta de la princesa de Chimay es llamativa no por su contenido, sino por el hecho de que fuese una mujer quien la escribió. De toda la correspondencia conservada entre el duque del Infantado y la nobleza de los Países Bajos, es la única misiva que fue escrita por una señora titulada. La princesa era una aristócrata española de nacimiento, María Antonia de Cárdenas y Ulloa, que se casó con Ernest Alexandre de Croÿ, príncipe de Chimay (Bermejo Herreros, 2007: 27). En el momento que escribió esta carta al duque, su marido, virrey de Navarra desde 1686, ya había muerto. Pese a que no parece que fuese a conseguir nada de don Gregorio, la noble siguió escribiendo a alguien que le era ajeno, pero que pudo tener buenos contactos con su difunto esposo.

Del corpus epistolar conservado en el Archivo Histórico de la Nobleza hay unas veinte cartas de Pascuas mandadas por nueve nobles, aparte de los ya mencionados. Dos de ellos, los príncipes de Rubempré y de Ligne, mandaron dos veces una carta al duque para felicitarle las Pascuas⁴⁸. Los siete restantes solo tuvieron un contacto escrito con él: el barón de Oudenhove, los condes de Valssasine, de Rœulx, de Malbaine y de Clairmont, la princesa de Chimay y el duque de Bournonville⁴⁹.

6. CONCLUSIÓN

El IX duque del Infantado fue, desde su nombramiento como sumiller de corps de Carlos II en 1686, una figura clave para la nobleza de los Países Bajos, pues le permitía obtener cargos militares y políticos y mercedes aristocráticas. Un primer acercamiento entre estos señores con los Grandes madrileños se había iniciado durante las guerras de Devolución y de Holanda, dada la necesidad común de hacer frente al empuje francés, o por la existencia de amistades particulares, como fue el caso del príncipe de Ligne y Juan José de Austria. Los descendientes de aquellas generaciones de nobles locales disfrutaron de una ventaja: el camino hacia la Corte de Carlos II y sus mercedes estaba ya preparado.

Con estas nuevas reglas del juego, muchos nobles pidieron al duque del Infantado favores personales, como el conde de Egmont, el príncipe de Berghes, el conde de Hornes, el conde de t'Sercleas y de Tilly, el duque de Arschot y el vizconde de Maulde. De otros nobles quedan cartas de cortesía y de Pascuas. Estas misivas podían ser piezas importantes para obtener favores en el futuro. Muchos iniciaron

47. Carta de la princesa de Chimay al IX duque del Infantado. Malinas, 20 de diciembre de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 114, D. 19.

48. AHNOB, Osuna, CT. 257, D. 87, CT. 243, D. 30, y CT. 67, D. 20.

49. AHNOB, Osuna, CT. 25, D. 41, CT. 540, D. 30, CT. 257, D. 67, CT. 247, D. 9, CT. 223, D. 4, CT. 114, D. 19, CT. 105, D. 6.

sus contactos así, recordando al duque que existían, mandándole misivas sencillas y quedando a la espera de una respuesta con el fin último de pedirle, en el momento oportuno, que intercediese ante el rey para obtener los galardones y los cargos militares que el gobernador general de los Países Bajos españoles no les podía conceder.

Los nobles utilizaban dos argumentos de peso cuando querían conseguir una dignidad. En primer lugar, recordaban al duque cuáles fueron las virtudes de su linaje y los servicios que hicieron para la Monarquía. En segundo lugar, mencionaban las consecuencias de los conflictos bélicos para su hacienda señorial. Los nobles que habían sufrido grandes pérdidas ante los avances franceses no dudaban en mencionarlo, siempre añadiendo que estos perjuicios provenían de una guerra en la que, por supuesto, ellos combatían en nombre del rey de España.

La mayoría de los nobles que mantuvieron cierta correspondencia con el duque del Infantado utilizaron un tono cordial, sin mucho sentimiento sincero de amor. Sin embargo, hubo dos casos en los que sí había una relación estrecha de amistad: el conde de Egmont y el duque de Arschot. Ambos habían pasado una temporada en Madrid. Para el duque, la amistad no fue una razón *sine qua non* para ayudarlos, pues sus corresponsales tuvieron que mandar varias cartas sobre el mismo asunto antes de conseguir lo que pedían. De hecho, el duque de Arschot, a pesar de la insistencia, no consiguió obtener el favor solicitado en distintas ocasiones.

Parece que el objetivo de la amistad *verdadera* no era simplemente conseguir cargos, ya que los asuntos que trataban estos señores eran muy variados y seguían mandando cartas, aunque don Gregorio no les consiguiese lo que querían. El aristócrata castellano sabía bien que ser amable y mantener una relación de amistad profunda con la élite dirigente de los Países Bajos no significaba corresponder a todos sus deseos. Silva y Mendoza encontró el equilibrio en una balanza útil entre dar y recibir para que los señores locales fuesen leales a la Corona y no perdiesen la fe en eventuales mercedes. En todo momento debía estudiar si convenía o no favorecer a quienes insistían para que los patrocinase. Gracias a las peticiones de los nobles, el duque del Infantado ejercía un *softpower* considerable sobre sus corresponsales y sus redes. El papel que ocupaba en el mantenimiento de lealtades de la alta aristocracia fue, en consecuencia, muy significativo.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Bermejo Herreros, Antonio (2007), *Recuerdos españoles en Flandes. Tomo II: Bélgica. Sur: Bélgica, zona valona con región alemana y gran ducado de Luxemburgo*, Madrid: Vision Net.
- Carrasco Martínez, Adolfo (2023), «Entre el peso de la herencia y la construcción de la individualidad, Gregorio María de Silva Mendoza, V duque de Pastrana y IX del Infantado», en Porfirio Sanz Camañes (coord.), *La nobleza titulada castellana en la conservación del Imperio español en tiempos de Carlos II*, Madrid: Sílex, pp. 385-400.
- Carrasco Martínez, Adolfo, «Gregorio María Domingo Silva Mendoza y Sandoval», en Real Academia de la Historia, *Diccionario biográfico electrónico*. <https://dbe.rah.es>

- Castilla Soto, Josefina (1992), *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV); su labor política y militar*, Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- De Schieter de Lophem, Marc (2023), «El camino hacia el perdón del conde de Egmont (1622-1682)», en Ofelia Rey Castelao y Francisco Cebreiro Ares (coords.), *Los caminos de la Historia Moderna: Presente y porvenir de la investigación*, Santiago de Compostela: Ediciones Universidade de Santiago de Compostela.
- Dumoulin, Robert (1998), «Compte-rendu : Le siège de Mons par Louis XIV en 1691. Actes du colloque du 16 mars 1991 sur le tricentenaire du siège de Mons par Louis XIV (15 mars-6 avril 1691)», *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 76, pp. 613-614.
- Esteban Estríngana, Alicia (2012), «El servicio: paradigma de relación política en los siglos XVI y XVII», en Alicia Esteban Estríngana (ed.), *Servir al rey en la monarquía de los Austrias*, Madrid: Sílex, pp. 11-50.
- Esteban Estríngana, Alicia (2015), «Desleales rehabilitados leales: el príncipe de Barbançon. Albert de Ligne, Autor de *El amigo verdadero y leal*, y la construcción de lealtades colectivas en el siglo XVII», en Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Los hilos de Penélope: Lealtad y fidelidades en la Monarquía de España, 1648-1714*, Valencia: Albatros, pp. 39-56.
- Gachard, Louis (1866), «Charles-Eugène d'Arenberg», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 1, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, pp. 410-411.
- Glesener, Thomas (2017), *L'empire des exilés: les Flamands et le gouvernement de l'Espagne au XVIII^e siècle*, Madrid: Casa de Velázquez.
- Goubert, Pierre (1984), *Initiation à l'histoire de la France*, París: Tallandier.
- Guillaume, Henri (1878), «Jacques de Fariaux», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 6, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, pp. 884-885.
- Henrard, Paul (1876), *Marie de Médicis dans les Pays-Bas*, París: J. Baudry.
- Hespanha, António Manuel (1993), *La gracia del derecho: economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Janssens, Paul (2024), «La nobleza de los Países Bajos españoles», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvaríño, Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Las noblezas de la monarquía de España, 1556-1725*, Madrid: Marcial Pons, pp. 313-342.
- Jordens, Ernest (1932), «Albert-Octave t'Serclaes de Tilly», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 25, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, p.728.
- Juste, Théodore (1851), *Conspiration de la noblesse belge contre l'Espagne en 1632, Études historiques*, Bruselas: Librairie Polytechnique d'Aug. Decq.
- Keblusek, Marika (2006), «Introduction: Profiling the Early Modern Agent», en Hans Cools, Badeloch Noldus y Marika Keblusek (eds.), *Your Humble Servant*, Hilversum: Verloren, pp. 9-15.
- Le Roy, Alphonse (1868), «Philippe-François de Glymes, Prince de Berghes», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 2, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, p. 240.
- Lynn, John (1999), *The Wars of Louis XIV 1667-1714*, 1.^a ed., Nueva York: Routledge.
- Maffi, Davide (2020), *Los últimos tercios de Carlos II*, Madrid: Desperta Ferro.
- Maura y Gamazo, Gabriel (1990), *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid: Aguilar.

- Pérez-Bustamante, Rogelio (2006), «Los Países Bajos: una república nobiliaria (siglos XIV al XVII)», *Anuario de la Historia del Derecho Español*, 76, pp. 461-506.
- Pinchart, Alexandre (1858), *Histoire du Conseil souverain de Hainaut*, vol. 7, Bruselas: Hayez.
- Pouillet, Edmond (1873), *Les gouverneurs de province dans les anciens Pays-Bas catholiques*, Bruselas: Hayez.
- Reig Ruiz, Pedro [en prensa], *Entre el castigo y la clemencia: los proyectos de reforma y conservación del Franco Condado de Borgoña durante la regencia de Mariana de Austria (1668-1674)*.
- Ryckman de Betz, Baron (1957), *Armorial Général de la Noblesse belge*, Lieja: H. Dessain.
- Salazar y Castro, Luis de (1685), *Historia genealógica de la casa de Silva*, tomo I, Madrid: Melchor Álvarez y Mateo de Llanos.
- Schmelzer, Wim (2012), *Afbeeldinge ende levensbeschryvinge van de Heeren en Graven van Egmond*, Egmond: Historische bibliotheek van Jan Lutte.
- Terrasa Lozano, Antonio (2012), *La casa de Silva y los duques de Pastrana: Linaje, contingencia y pleito en el siglo XVII*, Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica.
- Van Kalken, Frans (1907), *La fin du régime espagnol aux Pays-Bas. Étude d'histoire politique, économique et sociale*, Bruselas: J. Lebègue.
- Van Os, Michiel y Potjer, Menno (2003), *Een kennismaking met de geschiedenis van de Nieuwe Tijd*, 3.^a ed., Bussum: Coutinho.
- Vermeir, René (1993), «*Le duc d'Arschot et les conséquences de la conspiration des nobles (1632-1640)*», en Hugo Soly y René Vermeir (eds.), *Beleid en Bestuur in de Oude Nederlanden Liber Amicorum Prof. Dr. M. Baelde*, Gante: Vakgroep Nieuwe Geschiedenis Universiteit Gent, pp. 477-490.
- Vermeir, René (2009), «“Je t'aime, moi non plus”. La nobleza flamenca y España en los siglos XVI-XVII», en Bartolomé Yun Casalilla (ed.), *Las redes del imperio: élites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*, Madrid: Marcial Pons, pp. 313-337.
- Verreyken, Sophie (2021), *Marriage Politics: Transregional Familie in the Spanish Habsburg Netherlands ca. 1650-1700* [Tesis doctoral no publicada] Lovaina: Katholieke Universiteit Leuven.
- Yun Casalilla, Bartolomé (2002), *La gestión del poder: Corona y economías aristocráticas en Castilla (siglos XVI-XVIII)*, Madrid: Akal.